

¡Oh! sostenme en la vida de tus brazos
Para que no me mates con tu beso.....

.....
Que por sentir en mi dichosa frente
Tu dulce labio con pasión impreso,
Te diera yo, con mi vivir presente,
Toda mi eternidad..... por sólo un beso.

Sólo quien haya tenido paciencia para aguantar seguida la lectura de los diez y nueve *Basia* del holandés Juan Segundo, podrá complacerse en un género que por su esencia está condenado á ser la monotonía misma. Lo único que en Flores le anima y realza es el paisaje, la selva americana, descrita con pródiga y opulenta fantasía, que en algún modo recuerda la de Zorrilla en sus descripciones de los cármenes granadinos.

Allá en la soledad, entre las flores,
Nos amamos sin fin á cielo abierto,
Y tienen nuestros férvidos amores
La inmensidad soberbia del desierto.

.....
Y tiene el bosque voluptuosa sombra,
Profundos y selvosos laberintos,
Y grutas perfumadas, con alfombra
De eneldos y tapices de jacintos.

Y palmas de soberbios abanicos
Mecidas por los vientos sonorosos,
Aves salvajes de carnosos picos
Y lejanos torrentes caudalosos.

Los naranjos en flor que nos guarecen
Perfuman el ambiente, y en su alfombra
Un tálamo los musgos nos ofrecen
De las gallardas palmas á la sombra.

Por pabellón tenemos la techumbre
Del azul de los cielos soberano,
Y por antorcha de himeneo la lumbre
Del espléndido sol americano.

Y se oyen bramadores los torrentes
Y las aves salvajes en concierto,
En tanto celebramos indolentes

Nuestros libres amores del desierto.

Los labios de los dos con fuego impresos,
Se dicen el secreto de las almas;
Después..... desmayan lánguidos los besos.....
Y á la sombra quedamos de las palmas.

No diré que sean intachables estos versos, que tomo de la composición titulada *Bajo las palmas*, pero así en ella como en la que se denomina *Eva*, está lo mejor y más característico de Flores, que sin ser gran poeta, es un poeta brillantísimo, y muy superior á Acuña en corrección y en gusto. Puede decirse que la imagen de su Musa ha quedado trazada por el mismo poeta en estos versos suyos, tan celebrados y tan dignos de serlo:

Morena por el sol del Mediodía
Que en llama de oro fúlgido la baña,
Es la agreste beldad del alma mía,
La rosa tropical de la montaña.

Dióle la selva su belleza ardiente,
Dióle la palma su gallardo talle:
En su pasión hay algo del torrente
Que se despeña desbordado al valle.

Sus miradas son luz, noche sus ojos,
La pasión en su rostro centellea,
Y late el beso entre sus labios rojos
Cuando desmaya su pupila hebrea (1).

Aunque estos dos poetas sean de ayer, comienzan ya á pertenecer á la historia. Las cosas van tan de prisa en América, que la alentada y briosa generación literaria que vino á la escena después de la caída del Imperio, y que se había formado principalmente con las obras de Víctor Hugo y demás corifeos del romanticismo fran-

(1) Nació Flores en el valle de San Andrés, á la falda occidental del Orizaba en 1840, y murió ciego en estos últimos años. Véase el *Discurso* que, en elogio suyo leyó D. F. Soca en el *Liceo Mexicano* el 1.º de Junio de 1885. Hay varias ediciones de sus *Pasionarias*, con un prólogo de D. Ignacio María Altamirano: la última es de París, por Garnier, en este mismo año de 1892.

cés, comienza ya á ser sustituida por un brillante grupo de poetas jóvenes, que traen ideales artísticos muy diversos, y en los cuales, por lo poco que á mí ha llegado de sus obras, parece que predomina el gusto de los *parnasianos* franceses y de algunos modernos poetas italianos. ¡Ojalá que tal tendencia, favorable siempre á la pulcritud y al esmero en la técnica, no degenerare, como en Francia ha degenerado, en pueril *dilettantismo*, y que al seguirla, los novísimos poetas americanos acierten á conciliarla con lo que de ellos exige la tradición poética española, y con el respeto á las grandes y primitivas fuentes de toda poesía! (1).

(1) Era mi objeto dar en esta nota una lista de los poetas mexicanos que omito por considerarlos vivos, pero luego he reflexionado que este trabajo estaba muy expuesto á sensibles omisiones, y he desistido de él. Únicamente debo advertir, que no he incluido en esta colección á la excelente poetisa Isabel Prieto de Landázuri, que falleció en Hamburgo en 1876, pues aunque mexicana por adopción, había nacido en España, en Alcázar de San Juan. De otra poetisa, llamada Dolores Guerrero, que falleció en 1858, conozco algunos versos apasionados, incorrectos y demasiado íntimos que, á la verdad, no me han parecido dignos de figurar en una colección donde van los de sor Juana Inés de la Cruz. En Bogotá se ha publicado un tomo entero de *Poetisas mexicanas* (Imprenta de J. J. Pérez, 1889), donde podrá satisfacer su curiosidad el aficionado á la literatura femenina.

México ha sido visitada en este siglo por bastantes poetas españoles, que han escrito y publicado allí algunas de sus obras. Además de Zorrilla, hay que recordar á García Gutiérrez, que residió algún tiempo en Mérida de Yucatán, é hizo representar é imprimió allí tres dramas en 1844 y 1845, *La Mujer valerosa*, *Los Alcades de Valladolid* y *El Secreto del Ahorcado*, y escribió también *El Duende de Valladolid, tradición yucateca*.

Y aunque no fuese la poesía su vocación principal, sería grande injusticia omitir el nombre del escritor montañés D. Anselmo de la Portilla, que contribuyó más que nadie á la reconciliación moral y literaria de españoles y mexicanos, y que ha dejado en aquella República un nombre de los más venerados.

III.

AMÉRICA CENTRAL.

Bajo este nombre se incluyen, como es sabido, las cinco Repúblicas de Guatemala, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y El Salvador, cuyo territorio corresponde al de la antigua Audiencia y Capitanía General de Guatemala, separado de la Madre Patria, sin excisión ni lucha, en 1821: vasta región, de inmensa importancia geográfica, que «se extiende como un puente gigantesco levantado entre los Océanos Atlántico y Pacífico para unir los grandes continentes del Norte y del Sur del Nuevo Mundo» (1). La historia literaria de estos países ha sido mucho menos estudiada hasta el presente que su historia política: los más antiguos escritores guatemaltecos andan revueltos con los mexicanos en la *Biblioteca* de Beristain, y por mexicano pasa en el concepto de muchos el más importante de todos ellos, contribuyendo á tal confusión el título mismo de su obra (2).

(1) M. M. Peralta, *Costa Rica, Nicaragua y Panamá en el siglo XVI*, pág. 7.

(2) Para comodidad de quien en lo futuro emprenda un trabajo especial sobre este punto, notaré los nombres de los centroamericanos comprendidos en Beristain, cuya obra, como es sabido, carece de índices.

Acuña (D. Esteban), Aguirre (D. Luis Pedro), Alarcón (Fr. Francisco), Alonso (Fr. Juan), Álvarez Toledo (Fr. Juan Bautista), Angulo (Fr. Luis), Anleo (Fr. Bartolomé), Arévalo (Fr. Bernardino), Arias (P. Antonio), Arochena (Fr. Antonio) que dejó manuscrito un *Catálogo y noticia de los escritores del orden de San Francisco de la provincia de Guatemala con tres índices: uno de los que escribieron en latín, otro de los que escribieron en castellano, y el*